

Primer Domingo después de Pentecostés:

Domingo de la Trinidad:

Mayo 30, 2021

RCL Año B

Isaías 6:1–8; Cántico 6; San Juan 3:1–17

“Pues Dios amó tanto al mundo,”

Por: El Rev. Padre. Fabian Villalobos

En la celebración de Pentecostés la semana pasada, renovamos la presencia perenne del Espíritu Santo todo el tiempo con cada uno de nosotros y con todos los creyentes que en comunidad formamos la iglesia. Hoy celebramos uno de los mayores misterios de la fe cristiana, la Santísima Trinidad. Esta celebración es el producto de la comprensión de Dios con una sola naturaleza divina en tres personas diferentes como Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Este desarrollo de la fe fue posible gracias a la madurez de los primeros cristianos que reconocieron en el despliegue de las acciones divinas la intervención de tres personas diferentes que trabajando juntas realizan el plan de salvación aun hasta nuestros días. Desde la creación hasta Pentecostés, y hasta ahora mismo cuando los cristianos leen la historia bíblica y el desarrollo

de la fe con apertura al misterio, es posible identificar que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una realidad verdadera y un solo Dios.

A diferencia del Judaísmo donde Dios es uno, y lo hace todo. O de las religiones griegas y romanas donde había muchos dioses y divinidades, divididos cada uno por su propia causa. El cristianismo, enseña el monoteísmo Trinitario como una de las características de la fe cristiana. Desde el desarrollo temprano de la doctrina, los cristianos, explican la trascendencia continua de Dios en tres personas diferentes pero iguales en divinidad.

Sin embargo, la comprensión y explicación del misterio de la Trinidad siempre ha sido una tarea compleja para cada generación, desde los inicios y hasta la educación cristiana y las clases de escuela dominical hoy en día. Uno de los consejos más prácticos que recibimos de los primeros padres y cristianos experimentados es contemplar y disfrutar el misterio sin intentar racionalizarlo humanamente, porque nunca lograremos una comprensión total de la Trinidad.

En este sentido de la incomprensibilidad de la Trinidad, tenemos el testimonio de San Agustín de Hipona cuando en su libro "Las Confesiones" menciona cómo es raro que el alma sepa cuando hablamos de la Trinidad. El mismo San Agustín que escribió un libro sobre la Trinidad "*De Trinitate*", que le llevó más de 15

años completar, comparte allí un sueño que tuvo tratando de explicar el misterio de la Trinidad. San Agustín, soñó que caminaba por la playa, cerca del océano; cuando vio a un niño tomando agua del océano con una concha de mar y metiéndola en un pequeño agujero que el niño había hecho en la arena. Cuando San Agustín pregunta qué estaba haciendo el niño responde, estoy tratando de mover el océano hacia este lado, concha por concha. Agustín luego le muestra la inmensidad del océano al niño y le menciona que le será imposible hacerlo. Entonces el niño dijo, y posiblemente nunca podrías entender la Santísima Trinidad, entonces el niño desapareció.

La incapacidad de explicar el misterio de la Trinidad desde la razón humana no es impedimento para conocer y percibir cómo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo nos ama y cuida de nosotros en todo momento. En lugar de explicar con la razón, debemos abordar el misterio con la humildad de la fe. Un ejemplo de esta humildad lo encontramos en el evangelio de hoy en el fariseo Nicodemo. Él es un buscador del Reino, una persona religiosa, un líder de los judíos, reconoce a Jesús como Rabí (Maestro) y entiende que las señales de Jesús son de Dios. El evangelio menciona que él fue buscar a Jesús de noche. Dadas las connotaciones negativas de la oscuridad en el evangelio de San Juan, esta mención de la noche

es un recordatorio en el evangelio de Juan de la incredulidad, duda y error espiritual.

Nicodemo quiere comprender y explicar racionalmente su fe. Jesús le recuerda que, para ver el reino, una persona necesita nacer de arriba, del cielo.

“Jesús le dijo: —Te aseguro que el que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios... —Te aseguro que el que no nace de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de padres humanos, es humano; lo que nace del Espíritu, es espíritu”

Es imposible explicar el amor Trinitario de Dios, el creyente necesita experimentarlo. El buscador del Reino como Nicodemo puede ver las señales de Dios y no por ello reconocer quién es el Mesías enviado por el Padre y revelado por el Espíritu Santo. Uno de los mayores testimonios de los maestros espirituales es que entendieron cómo la Trinidad es un diálogo permanente entre las personas divinas que forman una comunión perfecta y se comunican con los que están abiertos a la escucha.

En el constante ajetreo y ruido de nuestras vidas, el desafío para nosotros es contemplar cómo la comunión divina se comunica con nosotros. Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo es el mismo que adoramos y proclamamos cada domingo en el Credo de Niceno. Dios merece más que nuestras peticiones y lamentos;

tenemos que contemplar toda su belleza y santidad a nuestro alrededor. Entonces podremos superar el desafío y podemos decir con el Profeta Isaías, «Santo, santo, santo es el Señor Todopoderoso; toda la tierra está llena de su gloria.» Amén.